

¡Ah! ¿Perdonarla? ¿Darle la última y más santa limosna del espíritu?... E hinchóse en su garganta, hirviente de vocablos obscenos, la blasfemia... Súbito pensó: ¿a dónde dirigirá la planta? ¿Qué rumbo le ha marcado su instinto de bohemia?

No; no era una de esas fantásticas pasiones que rugen, y que estallan en desesperaciones, que ciegan y que empujan de un golpe al precipicio; ella bajaba sola los negros escalones, fría y serena, en busca de su ideal: el vicio.

Ahora él se explicaba aquella intempestiva tristeza; aquel semblante de virgen pensativa; aquel intermitente y loco devaneo: seguro estaba: no iba tras un amante, iba en pos de las monstruosas quimeras del deseo.

Pasó por el cerebro de Juan, como una roja visión, el apetito de ver sangre en la hoja aguda y reluciente de algún puñal... Un largo momento de trastorno deshizo su congoja en un anhelo informe, pero brutal y amargo,

de destrucción, de ruina, de muerte, de venganza, de lo que abrevia y rompe la obra del destino; de hundirse como el náufrago que pierde la esperanza, en la onda obscura; y como cuando la noche avanza en un árbol van las aves, a su memoria vino

una bandada de ágiles recuerdos olvidados; cosas en que él no había puesto atención; lugares remotos, edificios apenas recordados, fragancias que de niño mucho aspiró, y cantados en voz baja, fragmentos de temas populares;

Sueños de infancia, noches de soledad inmensa, delirios juveniles, escenas de su drama; y Juan en un esfuerzo que todo lo condensa, ata, eslabona, une, y en emoción intensa al fin se extiende y abre completo el panorama.

¡Su vida! Pasajera, y sin color y breve, y pronta a deshelarse como ante el sol la nieve, delante del postrero pasaje de su historia; todo se hundía, y sólo como un bajo relieve quedaba aquel recuerdo tallado en su memoria.

... Fué hace seis años... era muy jóven todavía: no tuvo hogar, ni madre, por eso ya sabía ver el dolor de frente desde una edad temprana: el hijo del arroyo ha tiempo que vivía en el abismo negro de la maldad humana.

Pero la vida tiene vorágines secretas: ¿Por qué desde las horas de su niñez, amargas, la música de un verso le trajo ansias inquietas y ardientes entusiasmos y amor a los poetas, aquellos de ojos tristes y cabelleras largas?

¿Por qué como una nube que flota sobre el cielo su espíritu ascendía en busca de lo bueno; y como se despiertan los pájaros dormidos, sus ímpetus volaban tras el dolor ajeno llevando una infinita piedad por los caídos?

Un soplo de inefable ternura era su herencia: ¿quién lo arrojó en el árido breñal de su existencia? Pasados sufrimientos quizá en él revivían; de un gran misterio, a veces, hallábase en presencia y extraños atavismos su espíritu afligían...

... Hace seis años... Tarde de nubes sonrosadas
por el fulgor muriente que aún el Ocaso alumbró...
En la taberna. Risas, joviales camaradas,
y sueños, y visiones de líneas esbozadas
que el humo del cigarro perfila en la penumbra.

En los rincones, juegos de luz: el verde brillo
del irisado ajeno: el ámbar amarillo
de la cerveza, blonda cual campo de trigales,
y haciendo una áurea tela del diáfano visillo
de la ventana, polvo de sol en los cristales.

Cuando alguien dijo:—¿Vamos?—los rostros juveniles
ardieron en malicia. ¡Oh azul noche de Junio!
tú, por las calles, entre fantásticos perfiles
miraste uno de aquellos olímpicos desfiles
hacia el país del beso ¡oh tibio plenilunio!

Llegaron: los chapines en un tropel sonoro
se oyeron, como siempre, correr tras los espesos
y claros cortinajes; entró el alegre coro
de las amigas. y ellos bajo la luz de oro,
rompieron en repiques de risas y de besos.

¡Y apareció! ¡Una pálida y frágil hermosura!
Las manos en los senos de virginal blancura
y un niveo paño al brazo, salía de la alcoba,
y en actitud sumisa mostraba su figura
desnuda y casta como la Venus de Canova.

Y Juan pensó al momento: ¿Qué Fausto la sedujo?
¿Qué vengativo Hamlet la enloqueció? ¿Qué influjo
diabólico y potente la hundió en el podridero?
¿Qué joya deslumbrante le habló: Yo soy el Lujó?
¿o qué crimen le dijo: soy el Amor; te quiero?

Mas no: cuando ella vino a él, dócil, sencilla,
supo que era una planta sin jugo y sin colores,
de origen misterioso: ¡quién sabe qué semilla
llevada por el viento que la arrojó en la orilla
estéril del pantano, se aclimató y dió flores.

¿Y gustas de esta vida?—No conozco otra.—Elena
dime: ¿tú sufres mucho?—A veces sí.—¿Tu pena
es pertinaz y honda?—Viene sin saber cuándo.
¿Y qué, nunca te asaltan deseos de ser buena?
—¡Oh, mucho, mucho!—dijo—y se quedó pensando.

Y comenzó el ascenso! Por luminosa escala
tendida desde el fondo, miasmático y sombrío,
subieron, él sirviéndole de fe, de aliento, de ala,
y murmurando: Elena, la vida no es tan mala...
Ella diciendo:—¡Ayúdame! subamos más, bien mío!...

II

Y ya en el barrio, lejos de la febricitante
ciudad, frente a la alegre plazuela de risueños
contornos, y en la casa que oculta la brillante
enredadera—nido de misterioso amante,
para esconder purezas y acurrucar ensueños,—

¡qué inmensas alegrías! ¡qué regocijos puros!
¡qué intimidad ingénuo, dulce, sin sombras, franca!
¡cómo se desgarraron de un golpe los futuros
destinos,—como el alba los páramos oscuros!—
en una lejanía indefinible y blanca!

Juan al hogar llegaba, y ella con la coqueta,
mimosa y adorable pasión de las mujeres,
echábale los brazos al cuello, y con secreta

voz de matices suaves: ¡Oh Juan, oh mi poeta!
¡qué feliz soy!—decía—y tú, qué bueno eres!

¡Labor profunda! Pero las fuerzas no se agotan
si alientan ideales: se agitan, luchan, flotan;
siembran en la infecunda vida las ilusiones,
hasta que al fin estallan los gérmenes y brotan
del corazón marchito las nuevas floraciones.

* * *

Un día estaba triste: su hermosa faz serena,
inmóvil, en un gesto doliente y abstraído;
él la besó, diciéndole: ¿En qué piensas, Elena?—
—Pienso—exclamó—en la dicha de no haber sido buena,
entonces, quizá nunca te hubiera conocido.

Muy pronto vino el ángel; la pálida enfermita:
con mezcla de pesares y goces, la fortuna
les preparaba aquella felicidad bendita;
y noche a noche—en horas de amor—se daban cita
todas sus esperanzas al borde de la cuna.

¡Nos ha salvado!—¡Somos felices!—¡Qué contento!
—¡Dale otro beso, el último!—No; déjala que duerma...
¡Ay! pero qué espantoso, qué horrible el pensamiento
que a Juan martirizaba como un remordimiento:
¿Por qué nació la niña tan triste y tan enferma?

Y ahí, donde ya sólo sus lágrimas esconde,
miraban siempre juntos agonizar la tarde:
frente a ese muro, en ese balcón abierto, donde
si él llama, ya ninguna voz de oro le responde,
ni asomará la dulce querida que le aguarde.

La procesión de obreros pasaba, y frente a aquella
casa de azules flores y de sillares rojos,

sintiendo qué la velada tranquilidad destella,
viendo a una blonda niña, junto a una mujer bella,
—¡allí viven felices!— gritaban con los ojos.

Mas ya no volverías a verla—¡oh pobre gente!
nimbada de fulgores en el balcón abierto...
tú eres sencilla y sana, tal vez indiferente,
ignoras que él no sufre por la querida ausente
sino porque en su espíritu un gran impulso ha muerto.

Ya ve que es imposible la redención: se impone
el hábito adquirido: ve que la lucha es vana
contra el temperamento... ¿Qué importa que abandone
su error el alma, y vuele, si al fin se sobrepone
la carne triunfadora, la eterna soberana?

¡Y tú, impulsiva, cuánto debes de haber sufrido!
¡Qué luchas!... Juan ahora recuerda las señales:
la obstinación frenética de prometer olvido,
el llanto oculto, el gesto doliente y abstraído,
los raptos de febriles caricias maternas!

Nostálgica del vicio, tornas a él; vencida
del mal, vuelves al fango, porque él nutre tu vida
y en él abres—¡oh planta!—las venenosas flores:
no te salvó la augusta maternidad: ¡querida
infel, entra en tu lecho de efímeros amores!

Ve; la ciudad te aguarda, la que el placer hospeda,
el sordo y lento ruido del coche en el asfalto
de la avenida; el lujo, los frotos de la seda,
la luz deshecha en iris, la orgía donde rueda
la copa de champaña desde la mano en alto.

Y Juan alzando entonces el lívido semblante
en el que, poco a poco, la cólera se apaga...

se irguió sereno... El día, magnífico y radiante cercábale con toda la claridad triunfante primaveral y alegre que ciega y embriaga.

Los dombos y las torres se alzaban a lo lejos manchando las remotas diafanidades puras; sus láminas políferomas de vivos azulejos, brillaban en el aire cargado de reflejos como unas luminosas y etereas bordaduras.

¡Allá se fué!... En buen hora; ya está tranquilo y sano el vacilante espíritu; no hay fuerza que destruya el misterioso empuje de lo fatal y humano. Ella partió, y él dice:—«¡Oh pérfido oceano de la ciudad, recóbrala, te la devuelvo, es tuya!

La amé... ¿pero qué importa? Se da la mano a un ciego en la difícil senda; se cura un ave herida... Como se seca el llanto, como se atiende el ruego, así la amé, por sola, por desgraciada, y luego la amé también por madre, la amé por redimida!»

... «¿Y nada más?»—Venía de muy hondo la interna voz al principio débil y al fin precisa y clara:— «¿Y nada más por eso la amaste?... No; tu tierna piedad no te disculpa; es la mentira eterna con que tu propio espíritu, cobarde, se enmascara».

«Ahonda; un sensual vive dentro de ti; padeces la enfermedad maldita; te entregas a la furia de un ósculo; otro hombre sueña en tu sér, a veces, caricias imposibles en blancas desnudeces que avivan la salvaje y atávica lujuria».

«¿Y qué, no amaste aquella carne dorada y fina, que tiembia bajo el casco de los cabellos blondos?

¿La desnudez gloriosa no amaste en tu heroína, y aquella inmaculada blancura y la divina turgencia de los senos nutridos y redondos?

«¿Y qué, no amaste aquella traspiración de rosas? ¿No amaste aquellos tibios y lúbricos efluvios que te embriagaban cuando con manos temblorosas para besar la nuca, le alzabas las sedosas fosforescentes masas de los cabellos rubios?

«De noche, desatabas de su cadera el cinto, y con creciente anhelo de verla, nunca extinto, al contemplar su cuerpo, dichoso te sentías dejando que cayeran para formarle un plinto las ropas que tú a besos mordentes desceñas!»...

¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Es cierto!—clamaba Juan turbado por una nueva angustia. Y al punto, en el nublado rincón de su memoria, hervían los sucesos: todo lo que avergüenza, lo oculto, lo ignorado del mundo, goces locos é impúdicos excesos.

¡También él! En un rápido análisis seguro que de su sér el fondo remueve y escudriña. miró sus liviandades... Y del abismo oscuro de su conciencia en sombras, surgió como a un conjuro la angélica y doliente figura de la niña.

¡La niña! la doliente, la angélica!... Del seno de dos perversidades brotó la flor de cieno, sin jugo y sin colores, y enferma y taciturna! Dos impurezas para mezclar así el veneno de su maldad, forjaron la delicada urna!

¡La niña, su martirio, su adoración, su encanto!
!Crimen de dos: Elena y él!... Y deshecho en llanto

Juan levantó los brazos de nuevo a la impasible
inmensidad radiosa, y con supremo espanto,
quedóse de hito en hito, mirando algo invisible.

Pensaba: ¿Será víctima de la fatal herencia?
¿Los pechos maternos la envenenaron? ¿Duermen,
prontos a sacudirse del sueño de inocencia,
los apetitos? ¿Guarda la débil existencia
vigor, para más tarde desarrollar el germen?

¿Jamás han de salvarla los grandes sacrificios?
¿Jamás?... ¡Quien sabe! Hay almas que nunca se redimen...
Y un porvenir siniestro de horrores y de vicios,
con todas las miserias y todos los suplicios,
le hizo exclamar: — ¡Es cierto! Dar vida así, es un crimen!

Se estremeció, al oírse, con un sacudimiento
de horror, y en un arranque de voluntad, violento,
quiso borrar ideas insólitas y extrañas,
y huir de las torturas de aquel remordimiento
que ha mucho que tenía clavado en las entrañas.

¡No pudo!.. Y la incansable, la dulce y compasiva
piedad, dentro de su alma medrosa y sensitiva,
se alzó elocuente a darle consuelos en la pena:
«Ten fe, ten esperanza; ¡quién sabe si no viva!
¡Oh, Dios! ¡pobre criatura! ¡que viva! ¡será buena!

Tú no eres un malvado: de ingénitas bondades
conservas en tu espíritu las indelebles huellas...
Nunca serás perverso mientras del mal te apiades...
hay hombres que no tienen ternuras ni piedades,
hay en las almas noches que no tienen estrellas.

Mala, la Vida. Infame, la Suerte; ¿no es acaso
ella la que te impulsa? ¿No puso ante tu paso

una mujer? La amaste: respeta tu destino,
y haz de tu pobre hija un delicado vaso
y en él vierte la esencia del Bien, ese divino

óleo que tantas veces ha ungido tus pasiones...
Sí; Juan miró resuelto aquel problema arcano,
y al fin de sus profundas y graves reflexiones
pensó como el poeta de las *Contemplaciones*:
cruzar por la existencia con su hija de la mano.

¿Qué oyó?... Desde la alcoba, con un grito angustioso,
la niña, ya despierta, llamaba, vacilante,
con miedo de encontrarse tan sola en su reposo.
Iba a empezar el diálogo tremendo y doloroso;
Juan, con videncia amarga, lo adivinó al instante.

— ¿Y no vendrá? — No, hija; ya no vendrá; muy lejos
se ha ido de nosotros. ¿Me quieres? — Y la niña
sin responder vería los claros azulejos,
las torres, los espacios henchidos de reflejos,
y más allá... los llanos de la árida campiña.

El la tendría en brazos, sintiéndole las puntas
del cabello apretadas al rostro; y ella, en tanto;
con faz mustia y llorosa, y con las manos juntas
y las pupilas tristes cargadas de preguntas,
veríale azorada y rompería en llanto.

¡Ah! ¡No! ¡la pobre niña tan frágil y tan tierna!
¡Que siempre le ocultaran la ingratitud materna!
Que nunca le narraran el negro desengaño!
— Eso es; ya te salvaste! — le habló la voz interna...
Y Juan tornó a sumirse en un sopor extraño.

Y oyó de nuevo un grito:—*Mamá, ven!*—Con serena
 resolución irguióse, llevó hasta la melena
 una crispada mano, para ahuyentar la impía
 lucha de las pasiones.—*Yo te perdono, Elena!*
 dijo, y entró gritando:—*Allá voy, hija mía!*

Quedó el balcón desierto.

Al borde del gastado
 brocal, el agua en nítido chorro de luz saltaba;
 algunas mariposas con vuelo fatigado
 en loco enjambre iban y del portón ferrado
 parábanse en la esfera pringosa de la aldaba.

El sol bañaba todo; el árbol, las ruínas,
 el sucio pavimento, las flácidas cortinas
 de la ágil trepadora que al barandal se enreda...
 De pronto, pasó un grupo de alegres golondrinas
 rozando las azules campánulas de seda....



Viejos romanticismos

(1887-1891)



SIEBEL

A Manuel Gutierrez Nájera.

Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco de alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende una limpia y azul guirnalda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,
Sobre las hojas de la retama,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.

Y mientras Fausto, con sus dolores,
Suspira, vela, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!



A SOLAS

A Ignacio Ojeda Verduzco.

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
Guardo en el fondo de mi baúl:
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.
La abro ¿qué tiene?... Hojas de rosas,
Secas reliquias de un viejo amor,
Alas sin polvo, de mariposas,
Mirtos, gardenias y tuberosas;
¡Muchos recuerdos en cada flor!

El amuleto que ató a mi cuello
Mi santa madre cuando marché;
El blondo rizo de aquel cabello
Que tantas veces acaricié.
¡Cómo me alegra la fecha escrita
En esta opaca cruz de marfil!
¡Ah, virgen mía, mi virgencita,
Aquí conservo la margarita
Que deshojaste pensando en mí!

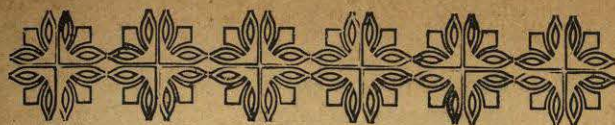
¡Cuántos recuerdos de lo pasado!
¡Cuántas escenas miro volver!

Me siento joven y enamorado,
 Feliz y bueno como era ayer.
 Veo mis bosques y mis colinas,
 Mi triste pueblo, mi pobre hogar,
 Y hasta el enjambre de golondrinas
 Que hizo sus nidos en las ruinas
 De la parroquia de mi lugar!

Si alguna oculta pena me agobia
 Leo las cartas que guardo allí;
 Las de mi madre, las de mi novia;
 Dos almas buenas que ya perdí.
 Sus torpes lazos mi fé desata,
 Y entonces oigo —¡dulce ilusión!
 Cantos de ángel, música grata,
 Suaves preludios de serenata,
 Ruido de alas en mi balcón!

Mientras su duro rigor no ablande
 La suerte impía, negra y fatal,
 Yo no conozco dicha más grande
 Que la que siento con recordar.
 Ser consolado: ¡qué gran anhelo!
 Entre tinieblas soñar con luz,
 Pisar abrojos y ver el cielo,
 Sentir dolores y hallar consuelo
 En las memorias de juventud!

Están ya secas las tuberosas
 Como está seco mi corazón,
 Y desteñidas las mariposas
 Como las alas de la ilusión.
 Y sin embargo, sonrío y lloro
 Si miro el fondo de mi baúl,
 Y allí contemplo mi gran tesoro:
 Una cajita color de oro
 Que ata un brillante listón azul.



ÍNTIMA

¡Qué cansancio! Ni gozo, ni padezco:
 entre el hoy y el mañana
 siempre un mismo horizonte en una misma
 senda sin fin y árida.

Yo camino al azar, sin rumbo fijo
 muevo la débil planta,
 apoyado en las musas invisibles
 que me gufan calladas.

Yo vivo en un crepúsculo siniestro
 de claridades vagas,
 pues ni la noche se deshace en sombras,
 ni el día se adelanta.

¿Lo presente?... Ni dudas, ni deseos,
 ni temores, ni ansias;
 siempre un mismo horizonte en una misma
 senda sin fin y árida.

¿Lo porvenir? ¡Quién sabe! El abandono,
 las tinieblas, la nada;
 parece que la mano del destino
 de impulsarme se cansa.

¿Lo pasado?... No puedo hacer el viaje:
 ¡si mi abatida alma
 ya no puede volver á lo pasado
 porque le faltan alas!

Yo sólo sé que tuve de la vida
 las corrientes en calma;
 que vino la tormenta, subió el cieno,
 y ennegreció las aguas.
 Yo sólo sé que tuve sueños de oro
 entre visiones blancas,
 y que sentí las tristes alegrías
 de los seres que aman.
 Sé que todo ha pasado, el dulce instante
 como la hora amarga:
 que no me empapo en el horror sublime
 de las escenas trágicas;
 que no se acerca una mujer hermosa
 para decirme: ¡canta!
 Que ya no me parece la existencia
 ni leve ni pesada;
 que si en el libro de la vida leo
 Gloria, Amor, Esperanza,
 me digo como Hamlet, el sombrío:
 ¡bah! palabras, palabras!
 Que veo, sin placeres, ni dolores,
 ni sonrisas, ni lágrimas,
 ¡siempre un mismo horizonte en una misma
 senda sin fin y árida!



MIS NOCHES

I

¿Cómo eran? Azules y tibias;
 Transparentes, profundas, calladas;
 En el fondo del cielo sin nubes
 Una lluvia de puntos de plata.
 Mucha luz en el amplio horizonte;
 Como esmalte turquí las montañas;
 Esplendores de nieve en los campos,
 Y en las selvas penumbras lejanas;
 En los nidos, las aves dormidas,
 En mi mano los «Cuentos de Hadas».
 En las flores abiertas perfumes,
 Y la alegre inocencia en mi alma.
 Así fueron mis noches de niño;
 Así eran mis sueños de infancia,
 Y así son las memorias que guardo,
 Frescas, puras, radiantes y blancas.

II

¡Plenilunio!... En un cielo tranquilo,
 Trasponiendo montañas sombrías,
 Como pálida esfera de oro,

Lentamente la luna ascendía.
 ¡Qué contraste de luces y sombras!
 La ciudad ¡qué callada! ¡Qué limpias
 En la bóveda azul las estrellas
 Cual brillante reguero de chispas!
 Las ventanas rompiendo las sombras
 De los muros, con manchas rojizas;
 En el viento, confusos rumores,
 Misterioso fulgor en las ruinas.
 A lo lejos, bañada de luna,
 Esplendente, la selva vecina;
 Y los pinos, guardianes insomnes,
 Agitando sus copas erguidas.
 ¿Dónde voy? Voy a ver a mi novia,
 La que espera, temblando, la cita;
 A besar unos ojos azules,
 A escuchar confidencias de niña.
 Voy a ver si es posible que huyan
 Estas ansias inquietas de dicha;
 A sentir el amor casto y puro
 De una alma inocente y sencilla.
 Y ¿qué espero, leyendo, en la estancia
 Al fulgor de la triste bujía
 Entre tanto que en luz argentada
 El abierto balcón se ilumina?
 ¡Ah! Dejadme; que espero a la Musa,
 La que pone en mis manos la lira;
 Me da un beso en la frente, y me dice
 Que me ama, que cante, que es mía.
 ¡Oh Musset, oh Musset, oh poeta!
 Tus sublimes estrofas me animan;
 ¡Quiero hundir mis rebeldes dolores
 En el mar de tu gran poesía!...
 ¿Dónde estoy?... En los brazos de Venus,
 Cual Tannhäuser, gastando la vida,
 Estoy viendo flotar cabelleras

Y cubrir desnudeces olímpicas,
 Bebo el néctar en labios quemantes,
 Y soñando imposibles caricias,
 Atraviesa la sombra de Byron
 Por la escena vulgar de la orgía...
 Así fueron mis noches de joven,
 Muy ardientes y muy intranquilas;
 Soñador incansable, yo tuve
 Para el sueño, una sed infinita.
 Y así son los recuerdos que guardo,
 Como flores que no se marchitan;
 Indecisos, confusos, flotantes,
 Pero llenos de luz y de vida.

III

Ya llegaron las negras, las tristes,
 Las que hojas y flores arrancan;
 Las que tienen por sola blancura
 Las estrellas, la nieve, la escarcha.
 Pero ¡ay! las estrellas son pocas
 Y cintilan muy altas, muy altas,
 Y la nieve se tiende en los campos,
 Y los vientos desnudan las ramas.
 Ya no hay flores ni cielos radiados,
 Ya no hay novias, ya no hay esperanzas,
 Ni los bosques perfuman el aire,
 Ni los sueños alumbran el alma.
 Me despido por siempre, ¡oh mis noches!
 Las azules, las tibias, las blancas,
 Plenilunios hermosos que ardían
 En regueros de puntos de plata.
 Adiós, pues, a la niña inocente;
 Al amor, a la dicha que pasa,
 A la Musa, a la estrofa encendida,

Al deseo, al dolor, a las lágrimas.
 Nada queda; llevadme al Olvido
 A que espere la noche más larga;
 La tranquila, la dulce, la buena,
 ¡La del sueño que nunca se acaba!



A DANTE

Padre, dices verdad; la selva obscura
 no tiene ya camino conocido;
 en su lóbrego seno estoy perdido
 y amurallado y preso en su espesura.

La antorcha de la fe, radiante y pura,
 al viento de los años se ha extinguido,
 y entre la sombra voy, solo y rendido
 con mi pesada carga de amargura.

Si aquí has visto flotar la reluciente
 túnica de Beatriz, y aquí tuviste
 la sombra de un laurel sobre tu frente,

apiádate, maestro, del que existe
 sin gloria y sin amor, y cual tú siente
 ensangrentado el pie y el alma triste!





SUB TERRA

Cuando yo muera, que cubran
con mis cantares el féretro,
que pongan por almohada
mis coronas y mis versos;
quiero llevarme conmigo
a la sombra y al misterio
todo lo que en este mundo
brotó de mi pensamiento.
Que me lleven mis amigos,
sin lágrimas y en silencio,
al rincón más solitario
del sombrío cementerio.
Que vean que cave honda
la fosa el sepulturero;
donde no sea posible
que llegue a turbarme un eco.
Que allí me dejen, que olviden
mi paso por este suelo,
o que, si se acuerdan, digan:
sufrió mucho, pero ha muerto.
Y yo, dormiré entretanto;
soñando, si acaso sueño,
con mis desdichas postreras,
con mis amores primeros,

con las tardes del Otoño
y las noches del Invierno,
en que, llegando a mi puerta
la Musa, tocaba quedo,
se iluminaban de pronto
las sombras de mi aposento,
crujía mi negra lámpara,
lanzaba quejas el cierzo,
yo deshojaba tranquilo
las flores de mis recuerdos,
y Ella, tomando mi frente
que sellaba con un beso,
las blancas alas abría
para remontarme al cielo!
Y como estará cercado
con mis cantares el féretro,
tal vez bese mis coronas,
quizá recite mis versos;
y si entonces toma forma
lo que quedó en el cerebro,
—cual después de los festines
en la copa quedan luego
las rojas heces del vino,—
y aún se agita el pensamiento,
yo os juro que algunos años
después del triste suceso,
han de brotar de mi tumba,
hechos flores, cantos nuevos!





PERLAS

A Ignacio M. Luehichi.

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja a veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y en cada uno de mis versos
viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis temores,
mis dudas y mis creencias.
¡Qué mucho que yo los ame!
¡Qué mucho que yo los lea,
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia!
Cuando en mi obscura memoria
la frase brillando queda,
como en un jirón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración a cogerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.
Siempre que a soñar me pongo
encantadoras quimeras,

imposibles ideales,
seres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que flotan aisladas,
y diáfanas, y serenas,
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar las sorprende
el furor de la tormenta.
Entonces escribo, escribo
con una ternura inmensa,
que sólo cuando hago versos
el alma llora y se queja,
y la inspiración se hunde
en el mar de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y sin embargo, en el fondo,
cuántos dolores se quedan
sin expresión, tan intensos
que no caben en la idea,
porque son, deseos vagos,
aspiraciones inmensas,
alas que exploran espacios.
sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de lo que no llega...
La inspiración es un buzo
que no ha pescado esas perlas!